

CEREMONIAL PARA UN DIA DE INVIERNO *

Don Cipri se levantó, como casi todas las mañanas, con un agudo dolor de riñones. Buscó a tientas el vaso y, con la mecánica de la costumbre, se colocó de un golpe seguro la dentadura postiza. Por entre las raídas cortinas se filtraba una luz mortecina, invernal.

Siempre igual. Seguro que llueve. Eso no falla.

Dejó la cama a duras penas y se arrastró pasillo adelante camino de la cocina. Preparó su desayuno, leche con unos mojoncitos de pan, y volvió al dormitorio. Una vez terminado el refrigerio, encendió su pitillo mañanero, a pesar del inevitable y familiar golpe de tos. Cuando se hubo cansado del humo y de los estertores apagó el cigarrillo y se encaminó al retrete. Afeltado y relativamente limpio, regresó al dormitorio, abrió el armario y sacó el traje de las grandes solemnidades. Dobló el pantalón sobre el respaldo de la silla y colocó encima la americana. Se quedó un momento pensativo, abrió el cajón donde guardaba la corbata, aquella corbata cuidadosamente plegada, y recorrió las cortinas. Una fina lluvia caía sobre la calle casi desierta.

Siempre pasa lo mismo.

Antes de vestirse buscó en la mesilla los dos tubos de medicamentos y sin darse cuenta —como cada día desde hacía tantos y tantos años— se tragó de un golpe las pastillas. (Te vas a matar con tanta porquería, le decía su amigo Lucas. Se lo decía siempre entre robo y robo de cartas en el eterno guñote del Casino. Siempre tomando potingues ¿no has de estar mal? Un día de éstos cascás y ni te enteras, repetía Lucas cada vez que los otros les cantaban un veinte en copas o en oros. Luego lo miraba con aire apocalíptico mientras don Cipri apuraba su cuarta copa de cazalla. Lucas no bebía, no

* Del libro inédito *Carnet de baile para máscaras y muertos*.

había bebido nunca. A lo más un vino —moscatel siempre— el día del cumpleaños de la Maruja —que en Gloria esté—. Don Cipri hizo un esfuerzo, no por cotidiano menos difícil, para ponerse el pantalón y se quedó mirando fijamente la foto de la Maruja.

Esa sí que tenía salud. Ni un mal catarro. Ni una tos. Una mula, con perdón, decía Lucas.

Se puso don Cipri la camisa de los domingos, a pesar de ser lunes, y se fue abotonando.

A botón por muerto. Todos amigos. La Maruja estaba como un roble. Tuvo que ser un mal aire. La vida que tiene muy mala follá. Como don Cosme. Tan buen cazador. De veinte perdices no bajaba. Monte arriba como un chaval. Una vista de águila, óigame. Donde ponía el ojo, ponía la perdigonada.

Don Cipri sacó la corbata que pareció saludarle como esos amigos que sólo coinciden en los velatorios, y con mano temblorosa comenzó a hacerse el nudo. Luego le dieron las palpitaciones y se sentó sobre la cama. Abrió el cajón de la mesita de noche y extrajo precipitadamente una pastilla. (Te vas a matar, Cipri, con tanta mierda como tragas, repetía Lucas mirando sus cartas y calculando los triunfos ya jugados.) Don Cipri se incorporó y fue a observar el nudo ante el espejo.

Don Cosme era un cazador de primera. ¡Qué ojo! ¡Y qué mala pata! Ir a quedarse dormido sobre el cañón de la escopeta. ¡Vaya ocurrencia! En el velatorio le tenían la cara tapada por un pañuelo.

Ya estaba don Cipri poniéndose la americana y yendo a buscar su bastón. No le hacía mucha falta, pero por sí acaso.

Las caídas son fatales. Mira tú la Juliana. Toda la vida subiendo y bajando escaleras y tuvo que esmorrase contra el bordillo de la acera delante de la Colegial. Así, al menos, mosén Raimundo llegó a tiempo de darle la Extrema.

Don Cipri cerró la puerta de su piso y, poco a poco, partido en dos, bajó las escaleras como pudo. Cada día le costaba más andar, aunque la verdad es que nunca le había sido demasiado fácil hacerlo. De su piso al despacho no tenía más que bajar las escaleras. Lo había instalado en el entresuelo, para no andar yendo y viniendo. Veintidós escalones. Ni uno más. Y, una vez al día, el Casino. A la vuelta de la esquina como quien dice. (Deberías andar un poco, le de-

cía Lucas; debes de tener el corazón como una castaña pilonga.) Don Cipri casi se torció un pie en el peldaño roto y se cagó en la mar.

A Lucas le gustaba tanto andar y que le dijeran lo del buen aspecto que tienes y esas cosas. Se subía todos los días hasta el castillo y desde allí tiraba piedras. ¡Menuda afición! Decía que era para la cosa del desentumecimiento.

Don Cipri sintió un escalofrío al asomar la jeta a la calle. Todavía no estaba allí Tomás el taxista y se subió las solapas de la americana.

Hay que andarse con tiento. Esta humedad es de las que matan. La lluvia que no falla. Lucas no se perdía su paseo por nada. Ni en invierno.

Don Cipri pensó que Tomás tardaba demasiado y miró el reloj, preocupado por llegar tarde. (Hay que andar. Darle cuerda al reloj, Cipri, le decía Lucas mientras contaba los tantos sin olvidarse de las diez de últimas. Y los otros venga de repetir lo de Lucas está como un toro. Mientras barajaba, Lucas murmuraba algo sobre que hay que cuidarse. Si no fíjate en mí. Un bracico de mar.) A don Cipri se le encabrió de repente la próstata y sintió la vejiga un poco suelta.

Cualquiera sube ahora sólo para mear.

El taxi de Tomás se paró frente a la casa. Don Cipri, como pudo, se arrebujó en el asiento de atrás. Tomás murmuró un saludo y arrancó. A Lucas le ponía enfermo la manía de su amigo por ir en coche a todas partes. (En un sitio tan pequeño y siempre en coche, le decía al terminar el primer coto de guñote. Así, Cipri, no vas a durar dos días. Se te va a oxidar la máquina, Cipri, que te lo digo yo.)

En el cementerio apenas había un grupo de hombres fumando y hablando por lo bajo protegidos por los hongos enlutados de sus paraguas. Don Cipri se apeó del taxi y se acercó a su sobrino quien, sin mediar palabra, le acogió bajo el suyo.

—Gracias, hijo; con este reuma yo ya no puedo ni con el dichoso invento.

Se pegó al sobrino y se quedaron en silencio esperando la llegada del cortejo. (Cipri, cuenta tú esta vez, le decía Lucas al terminar la undécima partida de cartas. Y don Cipri que no, que le dolían las manos. La artritis, ¿sabes? Y Lucas cogía los naipes, se mojaba los dedos y empezaba a contar meneando la cabeza. Cipri, que no haces ejercicio, que te vas a morir de puro quieto.) Llegó el furgón, apea-

ron el féretro y la comitiva se dirigió hacia el fondo del campo santo. Mósén Raimundo rezó una oración que don Cipri, con aquella sordera cada día mayor, no llegó a oír. Luego, metieron el ataúd en el nicho y los enterradores comenzaron a taponarlo. El personal desfilaba ya hacia la salida.

—¿Nos vamos, tío?

El mozo le tiraba de la manga. Don Cipri como ausente.

—Tío, vámonos.

Miró al sobrino con aire distraído e hizo un vago gesto con la mano.

—Vete y dile a Tomás que no me espere.

—Tío, mire que llueve.

Al chico le daba igual, pero quería cumplir.

—Por lo menos quédese usted el paraguas.

—¡Que te vayas y me dejes en paz!

Se encogió de hombros el sobrino y dio media vuelta mientras le atravesaba la mirada un presentimiento de herencia cercana.

—¡Allá usted!

Don Cipri no se molestó en contestar. Se quedó mirando cómo los enterradores terminaban de poner el reboque al ojo del nicho.

—¡Coño, Lucas, que os vais todos sin avisar y me estáis dejando más solo que la una!

Lo había dicho en voz alta, casi sin darse cuenta. Los enterradores intercambiaron una sonrisa asomada a la burla. Estaba totalmente empapado y no se hubiera dado cuenta de que lloraba de no ser por aquel regusto a sal en la boca. Volvió la espalda al nicho y, como ido, avanzó entre las tumbas, camino de la salida. Pasó por delante de las lápidas deteniéndose de vez en cuando. Allí estaba cuanto quedaba de su mundo: la foto aseplada de la Maruja mirándole con aquel aire de perpetuo enfado; el epitafio dedicado a don Cosme con aquel extraño remate que siempre le había hecho sonreírse un poco: «El Diablo las carga»; las flores de plástico en la tumba de la Juliana, oportuna ella hasta a la hora del tránsito. Sus amigos. Sus muertos.

Tendría que quedarme aquí. Hay más compañía.

De repente volvió a sentir el latigazo de la próstata. Ganó con prisa las puertas del cementerio. Se desabrochó la bragueta y, entornando los ojos, orinó largamente contra el muro. Con muchísimo respeto.

ALFONSO GIL

Avda. Ciudad de Barcelona, 208
MADRID-7